



1



Londres, diciembre de 1818

—¿*A* que no se atreve? —le retó ella—. ¿Acaso creía que era un niño incapaz de resistir un reto?

Probablemente. Y en cierto modo tenía razón. Se sintió desafiado por sus palabras, pero no lo suficiente. Wynthrope Ryland miró a su acompañante y le dedicó una fría pero encantadora sonrisa.

—Me temo que no.

La voluptuosa mujer lo miró y por un momento dejó de abanicarse. La sorpresa que le había producido su negativa era evidente.

—¿Se puede saber por qué no?

Wynthrope fijó la vista en los bailarines que ocupaban el salón y su sonrisa se volvió aún más fría. Ése era el motivo de que no le gustaran las fiestas en invierno, las conversaciones eran inevitables.

—Porque ya sé qué pasaría si me atrevo a invitar a bailar a la dama en cuestión.

—¿Y qué pasaría, querido? —Lady Dumont no estaba nada satisfecha con la críptica respuesta.

Antes de contestar, se bebió de un trago todo el champán y, señalando con la copa vacía, dijo:

—Sin duda su hermana se pondría histérica y le daría un ataque.

Aunque había sido bastante melodramático en su respuesta, lo que había dicho era verdad. La gran mayoría de las mujeres se sen-



tían intimidadas por él, cosa que en parte le convenía. Las que reunían el valor suficiente como para atreverse a hablar con él necesitaban dinero o estaban buscando relaciones sociales. Evidentemente, *buenas* relaciones sociales no era algo con lo que se pudiese contar si estaba implicada su familia. Los Ryland, incluso las ramas más lejanas, no eran exactamente lo mejor de la sociedad.

Aun así, a él siempre le había costado rechazar un desafío, y no pudo evitar observar a la bella y popular Minerva Banning y a su vigilante hermana mayor, Moira, la vizcondesa Aubourn.

Personalmente, él creía que la belleza era una cualidad sobrevalorada. Y la popularidad, en ese ambiente, sólo significaba que alguien era lo suficientemente listo como para saber qué decir en el momento oportuno. ¡Un aburrimiento! Pero durante toda la noche no había podido apartar la vista de las hermanas. Si su acompañante se había dado cuenta, era que su interés había sido evidente. Acostumbraba a ser más discreto.

Si lady Dumont le hubiese retado a robar un beso a la dama en lugar de pedirle un baile, quizá hubiese aceptado el reto. Suplicar era algo que él no hacía. Nunca. Robar en cambio era algo a lo que estaba totalmente acostumbrado.

Al parecer, lady Dumont no tenía la más mínima intención de ampliar hasta ahí su desafío. En verdad era una pena.

—¿Va a acudir a la fiesta que su cuñada ofrece mañana por la noche, querido Wynthrope?

Éste dejó su copa vacía en la bandeja de un criado que pasaba y volvió a mirar a su acompañante. Diez años mayor que él, lady Dumont era una mujer atractiva, de figura voluptuosa y cabello de un rubio plateado. Que se dirigiese a él por su nombre no era un intento de crear cierta intimidad entre ellos, sino fruto de lo que habían vivido ambos años atrás. Él había compartido su cama du-





rante muchos meses, antes y después de aligerarla de algunas de las creaciones de su difunto marido.

Claro que, por aquel entonces, él estaba convencido de que su actividad delictiva era por el bien de Inglaterra. El sexo había sido la guinda del pastel. Qué estúpido y joven era.

—Por supuesto que voy a asistir a la fiesta de Octavia —contestó él arrinconando esos recuerdos del pasado—. No me ha dejado otra opción. —Y aunque lo hubiera hecho, él no hubiese querido defraudarla. Octavia se había ganado su lealtad en el mismo instante en que se convirtió en la esposa de su hermano North. North era su confidente, su conciencia. Si Octavia era lo bastante buena para North, también lo era para él.

Lady Dumont le sonrió coqueta y continuó abanicándose.

—Mujeres. La única debilidad de los Ryland.

Wynthrope carraspeó por toda respuesta. Mejor eso que la réplica que se le había ocurrido.

—No la única, sino una de muchas.

—Eso es muy triste, ¿no cree?

Él se encogió de hombros. Empezaba a cansarse de esa conversación. Y fue el aburrimiento lo que lo decidió a despedirse de su antigua amante y alejarse de ella, no la necesidad de no hablar de su familia, a la cual no le importaba criticar. Cuando habían compartido lecho, él nunca había hablado de su pasado con aquella mujer, ¿qué le hacía pensar que iba a hacerlo ahora?

—Creo que sí voy a aceptar su desafío después de todo. Si es tan amable de disculparme, milady. —Hizo una reverencia sin mucha convicción y se concentró en su nueva presa. La tensión de una cacería aliviaba un poco la inquietud que desde hacía tiempo se había instalado en la mente de Wynthrope. Él no lo admitiría nunca, ni siquiera ante sus hermanos, pero sentía como si su vida no estuviera completa, como si le faltara algo. Si tuviese a





alguno de sus hermanos a mano, quizá pudiera aliviar ese sentimiento. Incluso Brahm conseguiría tranquilizarlo un poco, maldita fuera.

Pero ninguno de ellos estaba allí. North estaba en su casa, con Octavia. Su hermano pequeño, Devlin, estaba viajando desde Devonshire con su esposa para pasar allí las navidades, y Brahm, aunque su reputación había mejorado ligeramente, no era bien recibido en sociedad. Quizá ése fuera el motivo de que se sintiera tan intrigado por esa mujer, siempre tenía a su hermana al lado. Él sabía que eso a la larga resultaba pesado, pero ahora la envidaba con todas sus fuerzas.

Moviéndose a través de la multitud, Wynthrope consiguió llegar hasta las dos mujeres. Aparte del color de su cabello y de la línea de su mentón había escaso parecido entre las dos. Minerva era bajita y sensual, llevaba sus rubios rizos recogidos y tenía un tono de piel más oscuro. Estaba encantadora, con su vestido de un amarillo pálido. La vizcondesa era alta y distante. Tenía la piel pálida y su expresión era tan reservada como abierta era la de su hermana. Era extraño que, de las dos, ella llevara el vestido más llamativo. Era de un color verde oscuro que resaltaba sus cabellos dorados.

Parecía no tener sentido del humor, pero él sabía que no era verdad. Todo el mundo hablaba de lo agradable e ingeniosa que era. Tal vez la muerte de su marido dos años atrás le había robado toda la alegría. O tal vez estuviera ya cansada de acompañar a su hermana en la búsqueda de marido por todas las fiestas de la temporada de Londres. En esa época del año no había tantos jóvenes disponibles en la ciudad, aunque nadie lo diría viendo la cantidad de admiradores que rodeaban a la señorita Banning.

No era ningún secreto que la vizcondesa era muy protectora con su querida hermana pequeña, y terriblemente selectiva a la hora de escoger con quién le permitía pasar el rato. Desde su lle-





gada a Londres, la señorita Banning se había quejado más de una vez de lo estricta que era su hermana. A Minnie, que era como se la llamaba en sociedad, le encantaba ser el centro de atención, y no le gustaba que Moira se lo impidiese.

Por eso mismo, Wynthrope debería detenerse allí mismo, dar media vuelta e ir a buscar otra copa, en lugar de meterse en medio de dos mujeres tan complicadas. Buena idea.

Se volvió y se encontró con lady Dumont mirándolo desde el otro extremo del salón. Maldita clase social de Londres, tan escasa que, desde el extremo de un salón de baile, unos podían ver tan fácilmente lo que hacían otros. Su antigua amante levantó una ceja retándole de nuevo. Él casi podía oírla pronunciar lo que tan claro mostraba su rostro. ¿Había perdido práctica?

No es que le importara lo que lady Dumont pensara. Le daba igual que creyera que era un cobarde. No había nada de malo en querer evitar ser el culpable de una pelea entre hermanas.

Y aun así, a pesar de la amenaza, caminó hacia las dos mujeres. Iba a seguir su instinto, no porque le importara lo que lady Dumont pudiera decirle, sino porque quería hacerlo. A pesar del potencial peligro de irritar a su hermana, quería pedirle a ella que bailara con él, quería oírle decir que sí.

Y, por supuesto, quería tenerla en sus brazos, descubrir si su piel era tan pálida como parecía desde la distancia. ¿Por qué? Porque la había visto unos días antes, delante de una tienda en Bond Street, acompañada como siempre por su hermana. Tenía las mejillas sonrosadas por el frío y estaba riéndose. Él no había sido el único hombre que se había fijado en ella pero sí el único que había captado su atención.

Por un instante, ella lo había mirado como si pudiera verle el alma, y como si comprendiera lo que vio allí. Había llegado a lo más profundo de su ser, dejándolo alterado y vulnerable. Incluso





ahora, sólo de pensar en volver a encontrarse con esa mirada, el corazón le latía desbocado.

Nunca antes se había sentido tan expuesto, ni siquiera con aquel bastardo que lo había traicionado y decepcionado. Ni siquiera con Brahm ni con su padre se había sentido tan al descubierto, tan desnudo como bajo la mirada de ella. Qué extraña mujer tenía que ser para producir en él semejante efecto. Su instinto de supervivencia le decía que se diera la vuelta mientras pudiera. No importaba lo que pasara, no saldría ileso de ese encuentro. Si lo rechazaba, su orgullo sufriría, pero si aceptaba, peligraba algo más que ese orgullo.

¿En qué demonios estaba pensando? ¿Perder algo más que su orgullo? ¿Acaso le quedaba algo más? Ciertamente, no su corazón. Ese desecho ya no sentía apego por nada ni por nadie. Lo único que aún lograba hacerlo palpar eran los lazos de sangre. Ningún otro vínculo había permanecido. Nada más había sido real.

Esa atracción que sentía tampoco lo era. Los próximos minutos lo demostrarían. Ella lo miraría y su mirada sería como la de cualquier otra mujer. Descubriría que no había nada especial en ella y perdería todo interés. Luego acabaría bebiendo más de la cuenta y yéndose a la cama con lady Dumont después de todo. Un buen revolcón le despejaría la mente de tantas tonterías. Y en el futuro haría bien en no hacer caso de semejantes sensaciones.

Las dos hermanas lo miraron acercarse. Las dos se mostraban sorprendidas, aunque la pequeña parecía un poco más complacida que la mayor.

Afortunadamente, hacía falta algo más que una cara de pocos amigos para que, ahora que se había decidido, él abandonara su plan.

Les hizo una reverencia y les ofreció su sonrisa más encantadora.



—Lady Aubourn, señorita Banning, es un placer volver a verlas.

La hermana pequeña sonrió.

—Buenas noches, señor Ryland.

La hermana mayor frunció el cejo. ¿Era desagrado lo que se veía en el fondo de sus preciosos ojos color ámbar?

—Señor Ryland.

Inalterable, Wynthrope siguió adelante.

—Me preguntaba si quizá podría tener el placer de...

La vizcondesa no le dejó continuar.

—Lo siento, señor Ryland, pero el carnet de baile de mi hermana ya está completo.

Wynthrope levantó deliberadamente las cejas ante el brusco tono de su respuesta, pero antes de que pudiera decir nada, la hermana menor intervino.

—No lo está. —Y Minerva miró amenazante a su hermana.

Lady Aubourn se sonrojó. La verdad era que con un poco de color en sus mejillas estaba muy atractiva.

—Minnie, guarda silencio.

La joven también se sonrojó; sus ojos echaban chispas de indignación.

—¡No lo haré! ¡No necesito que hables por mí!

—Tiene razón, señorita Banning —terció Wyn añadiendo deliberadamente leña al fuego—. Nunca debe permitir que hablen por usted, ni siquiera su hermana. —Dios sabía que él no quería que sus hermanos hablaran en su nombre. Podía imaginar perfectamente los problemas que eso le supondría.

La vizcondesa lo miró sorprendida y furiosa a la vez. Fue la furia lo que captó su atención. Él nunca hubiera imaginado que fuera una mujer capaz de sentir emociones fuertes. Ella que siempre parecía tan tranquila y serena.



—Señor Ryland, aunque le agradezco que muestre interés por mi hermana, estará de acuerdo conmigo en que no sería conveniente que usted y ella formasen pareja.

Wynthrope tuvo que controlar la risa que empezó a formarse en su garganta. No sabía si soltar la carcajada o decirle directamente lo que pensaba respecto a sus equivocadas presunciones.

—¿Ah, sí? —le preguntó sonriendo.

Por un instante lady Aubourn pareció confusa. El tono burlón de la voz de él la había desconcertado. Esa vez, cuando lo miró directamente a los ojos, Wynthrope pudo sentir cómo intentaba buscar en ellos la respuesta.

—Sí, señor Ryland. Así es. —Su tono era distraído pero firme.

Minerva golpeó tan fuerte el suelo con el pie que se hizo daño. A Wynthrope no le extrañó, aquellos zapatos tan delicados no eran una protección muy adecuada contra la dureza del mármol.

—Pero Moira, ¡yo quiero bailar con él!

—Lo cual le agradezco, señorita Banning —contestó Wynthrope con una sonrisa, y apartó la mirada de la hermana que todos creían más atractiva—, pero no se lo estaba pidiendo a usted.

Sólo para ver su reacción, había valido la pena. Ah, ahora sí que se parecían. Era fascinante ver lo semejantes que eran sus caras de asombro.

—Pero ¿quizá usted también tiene su carnet de baile completo, lady Aubourn?

Avergonzada aún era más fascinante. El rubor le había subido por el cuello hasta alcanzar sus mejillas y había un brillo en sus ojos verde-ambarinos que no había visto antes. De repente, Moira Tyndale no parecía tan seria ni distante. Y, de repente, no le importaba que ella no fuera capaz de ver en su interior en ese momento. Él sí podía ver dentro de ella. Ni siquiera se le había ocurrido que él pudiera preferirla a ella en lugar de a su popular hermana.





—Yo... —Las palabras dejaron de salir antes de que ella pudiera cerrar la boca. No sabía qué decir, eso era evidente. Él quería que dijera que sí. Quería descubrir si olía tan bien como imaginaba. Seguro que olía como el invierno, fría y dura por fuera y cálida y suave por dentro. Cacao y canela mezclados por un viento amargo.

—Es usted muy amable, señor Ryland —contestó por ella Minerva con expresión seria—, pero me temo que mi hermana aún está de luto por la muerte de su marido y de momento no baila.

Wynthrope nunca había oído una mentira tan descarada como aquélla, y la jovencita lo sabía perfectamente. Aun así, lo había mirado directamente a los ojos al decirla. Malcriada o no, tuvo que reconocer que admiraba su descaro.

Él asintió comprensivo, su mirada fija en la de Moira.

—Mis disculpas, milady. Les deseo a ambas buenas noches. —Antes de marcharse, juntó sus talones en un sonoro click y le dedicó una leve mueca a la más joven—. Espero que disfrute del resto del baile, señorita Banning.

Dio dos pasos y no pudo controlar el deseo de volverse.

—Oh, ¿lady Aubourn?

Ambas lo miraron.

Wynthrope sonrió, sonrió de verdad.

—Si decide bailar de nuevo, por favor, hágame lo saber.

La vizcondesa abrió los ojos sorprendida y Wynthrope se alejó riéndose, con su imagen grabada en la mente.

Él tenía unos ojos tan azules que a ella no se le ocurría nada con qué compararlos. El zafiro era demasiado común. El turquesa demasiado falso. Índigo tampoco. Sus ojos eran...

—¡Caray!





—¿Estás bien, Moira?

Moira Tyndale se sobresaltó y se lamió la gota de sangre que se formaba en su pulgar. Con un suspiro se apartó de la ventana.

—No es nada que una persona capaz de razonar no pueda solucionar, Octavia. Me he vuelto a pinchar el dedo.

Octavia Shetfield-Ryland sonrió y continuó decorando el mantel con las guirnaldas. Era pelirroja, alta, delgada, con unos brillantes ojos azules y el resplandor de su reciente matrimonio, algo que Moira envidaba.

—Hoy estás muy distraída. ¿Pasó algo anoche en el baile?

Para evitar que su amiga pudiera ver cómo se sonrojaba, Moira siguió adornando el marco de la ventana.

—Claro que no.

—¿Nadie te quiso sacar a bailar? —le preguntó interesada su amiga.

Moira cerró los ojos para intentar controlar la vergüenza que la inundó. Octavia lo sabía. Por supuesto que lo sabía. En esa época del año no había muchos chismes de los que hablar y cualquier cosa que pasara en un baile o en un sitio público era una gran noticia.

—Definitivamente no. —Lo cual no era del todo mentira. Wynthrope Ryland, el hombre de los incomparables ojos azules, en realidad no le había pedido que bailara con ella. Moira no le había dado ocasión de hacerlo.

—Hmmm. Lo habré entendido mal.

Lo mejor habría sido ignorar el comentario. Lo mejor habría sido continuar con la decoración y fingir que no sabía de qué le estaba hablando. Sin embargo, se encogió de hombros, resignada.

—¿Qué te han contado?

Octavia dejó a un lado los adornos navideños y se acercó a ella. Gracias a Dios que los sirvientes iban a ayudar con la decoración, porque a ese ritmo, ellas dos no acabarían a tiempo.





La expresión de la pelirroja era de puro gozo, como si la humillación de Moira de la noche anterior hubiera sido algo bueno. Evidentemente, fuera lo que fuese lo que a su amiga le hubieran contado, no era cierto.

—He oído —murmuró Octavia, como si tuviera miedo de que alguien pudiera oírlas— que cierto caballero te prestó especial atención.

Bueno, era una manera de decirlo. Moira abrió la boca y volvió a cerrarla. ¿Cómo podía responder a eso?

—Hice el ridículo, Octavia. Eso fue lo que pasó.

Su amiga cambió la cara de alegría por una de sincera preocupación.

—Seguro que no fue así.

Moira se dio la vuelta, y jugueteó con los adornos que había en la mesa, no quería ver la cara de compasión de su amiga. Acarició una cinta roja intensa entre sus dedos. El terciopelo era tan suave.

—Creí que quería bailar con Minnie.

—¿En vez de contigo?

¿Por qué estaba tan sorprendida? Frunció el cejo y miró a su amiga directamente.

—Claro.

—Y ¿por qué creíste eso? —preguntó Octavia observando su cara de preocupación.

Moira rió incrédula. ¿Acaso no era evidente?

—Porque todos los caballeros que se acercan a hablar con nosotras quieren bailar con Minerva.

—Ah. —Octavia la señaló con el dedo como si fuera a regalarle una perla de sabiduría—. Mi cuñado no es como «todos los caballeros». De hecho, no creo que el término caballero pueda aplicarse para nada a Wynthrope.

Al oír mencionar su nombre Moira volvió a sonrojarse. Desde





la primera vez que vio a Wynthrope Ryland, años atrás, había pensado que era el hombre más atractivo de toda Inglaterra. Ese día él no la había mirado ni un segundo, ¿por qué iba a hacerlo? Por aquel entonces, ella no era más que una tímida chica con problemas de sobrepeso. El único hombre que se había fijado en ella era Anthony, su mejor amigo, su marido.

Su difunto esposo. Querido Tony. Ella aún le echaba de menos. Él también había reparado en el físico de Wynthrope Ryland.

Pero Octavia no sabía que Moira admiraba la belleza de su cuñado. Sería demasiado humillante admitirlo. Como si fuera una colegiada atontada, ella solía buscarle en todos los eventos sociales a los que asistía. Sin embargo, no había pensado en él durante su período de luto. En realidad no había pensado en nada, sólo en que su mejor amigo estaba muerto y el mundo era un lugar mucho más sombrío sin él.

Pero el luto había llegado a su fin, tanto en su interior como en su vida social. Minnie no debería haberle hecho creer lo contrario al señor Ryland. Aunque en realidad, la rápida respuesta de su hermana había evitado que Moira hiciera aún más el ridículo.

—Ojalá supieras apreciar lo que de verdad vales, Moira.

La voz de su amiga distrajo a Moira de sus divagaciones y le hizo levantar la vista.

—Yo sé lo que valgo, pero tú pretendes animarme.

—No es así. Tú no tienes nada que envidiar a tu hermana, ésa es la verdad.

—Eres una buena amiga, pero no soy tan delicada como para no poder soportar la verdad. —No supo si Octavia se rió por lo que le dijo o por el tono tan serio que utilizó para hacerlo—. Minnie es diez veces más guapa que yo.

La expresión de Octavia volvió a ser seria.

—La belleza no es a lo único que debe aspirar una mujer.





Qué modo tan delicado de decirle que Moira era mucho mejor persona que su hermana pequeña. Pero Octavia no tenía que ser tan cuidadosa con sus palabras, Moira no se sentía ofendida porque hubiera insultado a su hermana. Era verdad. Ella era mejor persona que Minnie, pero sólo porque sus padres no la habían malcriado como a ella. Y porque Tony le había dado mucho, le había enseñado tantas cosas. Minnie no había tenido aún esa oportunidad, pero Moira sabía que algún día se convertiría en una mujer que valdría la pena.

Y aunque no lo hiciera, Moira seguiría queriéndola. Siendo hija única, Octavia no podía entenderlo; en cambio, se apostaría diez libras a que Wynthrope Ryland lo entendería perfectamente.

Aunque Moira también se apostaría diez libras a que, por desgracia, él sabía perfectamente lo que ella estaba pensando en esos momentos. Desde aquel día en que sus miradas se cruzaron en Bond Street, ella había tenido la inquietante sensación de que él podía verle el alma. O al menos eso era lo que había sentido. Durante un intenso y precioso instante, ella le miró y comprendió que él no era lo que parecía.

Y eso era fantástico, porque lo que él parecía ser era un frío e insensible seductor.

Moira sonrió sinceramente a su amiga y la cogió de la mano.

—Ya sé que mi hermana te agota la paciencia, Octavia. Gracias de nuevo por ofrecer esta fiesta en su honor.

Octavia apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—Lo hago porque quiero que tú tengas una noche para ti.

—No podría negarme, cuando además te estás ocupando de todo.

—De todo no —contestó Octavia—, si así fuera tú no estarías aquí.





Cierto, pero a Moira no le costaba nada ayudarla.

—Me gusta poner la decoración de Navidad. Mi casa ya hace días que está adornada.

Octavia colocó un par de estatuillas encima del mantel.

—Sí, eso hace que todo sea más alegre, ¿a que sí?

Moira cogió de nuevo las guirnaldas y los clavos y sonriendo a su amiga continuó con lo que hacía.

—Sí, eso y los buenos amigos.

—Y los nuevos que espero que hagamos. —Octavia dio un paso atrás para observar mejor su obra de arte—. Creo que toda la aristocracia que está pasando el invierno en Londres va a asistir esta noche. Espero que haya bastante espacio.

Bien fuera porque la fiesta la organizaba Octavia o bien por la poca vida social que había durante los meses de invierno, Moira estaba convencida de que la casa de Covent Garden estaría a rebosar de nobles esa noche; más que en la velada de un gran estreno teatral.

De nuevo, si ella fuera aficionada a las apuestas, se atrevería a apostar a que la gran mayoría de la gente que asistiría esa noche lo haría para ver a Minnie o para conocer a Octavia y a su famoso marido. North Sheffield-Ryland había sido un famoso ladrón antes de dedicarse a la política. Ahora era el preferido del regente y del primer ministro.

Moira siguió colgando guirnaldas alrededor del marco de la ventana.

—¿Va a venir a la fiesta el hermano de North?

Octavia la miró curiosa y colocó velas nuevas en los candelabros de plata.

—¿Wynthrope?

Moira puso los ojos en blanco. Su amiga simplemente era incapaz de saber cuándo dejarlo.





—Su hermano pequeño venía desde Devonshire, ¿no?

—Ah, sí, Devlin. Él y Blythe llegarán esta tarde. Brahm también va a estar aquí. Gracias por permitir que le invitara.

Moira se azoró con el agradecimiento y buscó entre los adornos el próximo que tenía que colgar.

—En ningún caso puedo decirte a quién puedes o no invitar a tu propia casa. Además, a mí no me desagrada el vizconde. Él siempre ha sido encantador conmigo.

Octavia sonrió.

—Cuando quieren saben ser terriblemente encantadores.

¿Era casualidad que Octavia no mencionara si Wynthroppe iba a asistir a la fiesta, o lo había hecho adrede? Bueno, Moira no iba a ponerse en evidencia preguntándose directamente.

Como si el destino quisiera ayudarla a mantener esa decisión, una doncella abrió la puerta en ese mismo instante.

—Discúlpeme, señora, pero han traído las flores que encargó, y parece que hay algún problema con el pedido.

Era evidente que Octavia no estaba contenta con lo que acababa de oír. Miró a Moira y le pidió que la perdonara.

—Sólo tardaré un minuto, lo prometo.

—No tengas prisa. Intentaré no volver a pincharme el dedo en tu ausencia.

Su amiga le sonrió y salió de la habitación. A no ser que las flores fueran un completo desastre, nadie les prestaría demasiada atención, así que Moira estaba convencida de que, fuera cual fuese el problema, no valía la pena preocuparse. Pero cuando hubo acabado de decorar la última ventana, Octavia aún no había regresado. ¿Qué podía hacer ahora? Podría ir a buscar a Octavia, pero no tenía ganas de inmiscuirse en el dilema de las flores. Lo único que faltaba era colgar el muérdago en los marcos de las puertas y en otros puntos de la sala.





Moira cogió la escalera que Johnson, el corpulento mayordomo de Octavia, había dejado allí antes y empezó a colgar el muérdago por la habitación. Esa noche habría un espléndido surtido de besos. Claro que todos serían recatados y para cumplir con la tradición. Muchos caballeros intentarían coincidir con Minnie debajo de uno de esos ramilletes, pero Moira, como siempre, estaría todo el rato vigilando.

Se subió a la escalera para clavar el último ramito, pero había colocado mal la escalera y no llegaba a colgarlo.

Se puso de puntillas y se inclinó un poco hacia la derecha. Sólo un poquito más... Oh, oh.

La escalera se balanceó y Moira cayó hacia atrás, moviendo los brazos como un molino de viento. Intentó desesperadamente mantener el equilibrio, pero fue inútil. La escalera cayó y ella siguió el mismo camino.

Pero en lugar de chocar contra el suelo, Moira aterrizó sobre algo casi tan duro pero más cálido. Unos brazos de hierro la sujetaron por detrás apretándola contra un perfecto y sólido torso masculino. Con aquel olor, no tenía que verle la cara para saber quién era. Para su suerte, sólo había un hombre posible.

—Tranquila —murmuró él mientras sus temblorosas rodillas parecían incapaces de mantenerla en pie.

Como si el cuasi-accidente no bastara para que su corazón latiera desbocado, la voz de él empeoró la situación. Temblando, y aunque el sentido común le decía que se apartase de él tan rápido como pudiera, se dio la vuelta.

Él no la soltó, como habría hecho cualquier caballero, sino que seguía allí, abrazándola de un modo totalmente inapropiado y esperando a que ella levantara la cabeza y lo mirara a los inescrutables ojos. Bueno, pues no iba a hacerlo. No iba a morder el anzuelo. Le exigiría que la soltara.





Su decisión duró unos tres segundos. Aquellos increíbles y descarados ojos azules la miraban por debajo de unas arqueadas cejas curiosas. Sus pestañas eran largas y curvadas hacia arriba. Era como si todo en él fuera casi perfecto aunque no del todo, incluso su nariz. Pero eran sus imperfecciones las que hacían que su cara fuera tan impresionante. Dios, era un hombre muy atractivo y sin duda él lo sabía. Los hombres guapos siempre son conscientes de su belleza.

Claro que, según su experiencia, los hombres bellos acostumbraban a preferir la compañía de otros hombres bellos, y ella sabía que eso no era cierto en el caso de Wynthrope Ryland. Seguro que él había disfrutado de la compañía de muchas mujeres.

Era raro, pero Moira tenía la sensación de que a él esas mujeres no le habían gustado demasiado. Aunque también le parecía que tampoco él se gustaba demasiado a sí mismo, a pesar de que su apariencia indicara lo contrario.

Su oscuro pelo estaba ligeramente despeinado, tenía las mejillas sonrosadas por el frío. Sus ojos azules resplandecían burlones y, al sonreír, se le marcaba un hoyuelo en la mejilla. ¿Estaba riéndose de ella? ¿Podía sentir a través de su vestido cómo le latía acelerado el corazón? ¿Y por qué no se había puesto algo más bonito que aquel práctico y sencillo vestido azul? Seguro que estaba hecha un desastre.

¿Y por qué la estaba mirando como si de verdad le gustara lo que estaba viendo?

—Debo decirle, lady Aubourn, que aunque he deseado muchas veces que una mujer caiga rendida en mis brazos, no me lo imaginaba así exactamente.

Su voz era amable, dulce, perfectamente modulada, la quintaesencia del perfecto caballero.

Pero era a la vez tan falsa que a Moira se le pusieron los pelos de punta. Había algo irreverente en su tono, como si quisiera que todo el mundo viera que no era sincero.





—¿De verdad, señor Ryland? Tiene suerte de tener tanta imaginación. Yo, la única vez que he soñado que me caía era porque de verdad estaba cayéndome.

Wynthrope abrió más los ojos. Perfecto, él también se había dado cuenta de su tono. Esa cáustica cortesía, esa frialdad, no eran habituales en ella, pero sabía que muchos miembros de la alta sociedad no sabían hablar de otra manera.

Wynthrope Ryland parecía ser uno de ellos.

Aunque ya tenía los pies firmemente apoyados en el suelo, él seguía abrazándola y ahora sus ojos brillaban con suspicacia. Él tenía que saber que lo que estaba haciendo era totalmente impropio. Tenía que saber que ella podía sentir su cuerpo apretado contra el suyo a través del vestido, y que podía notar perfectamente cómo sus largas piernas rozaban las suyas.

—De nada —susurró él.

Aquella sí era su voz de verdad. Ella lo supo por cómo se le erizó la espalda. Una voz profunda y aterciopelada, como si se deslizara bajo una manta en una fría noche de invierno. Ella se acaloró, no sólo por culpa de la reacción a sus palabras, sino también por lo que le había dicho. Sus malos modos no tenían excusa, no cuando él había evitado que se hiciera daño.

—Gracias. —Moira bajó la mirada y apretó las manos contra sus hombros intentando apartarlo—. Ya puede soltarme.

—Aún no, mi querida dama.

¿Aún no? ¿Qué demonios quería decir con aún no? Levantó la barbilla con la intención de hacerle esa pregunta, pero al mirar hacia arriba entendió perfectamente a qué se refería. Estaban debajo del muérdago que ella había logrado colgar antes de caer.

Horrorizada, Moira lo miró a los ojos. Él estaba sonriendo, una sonrisa segura, presumida y orgullosa.

—¿Va a besarme lady, Aubourn? ¿O quiere que la bese yo?

